

Alec Dempster. *Lotería Huasteca: Woodblock Prints*. Erin (Ontario): The Porcupine's Quill, 2015; 136 pp.

La suerte es un privilegio menos ofensivo que el mérito. La suerte es gracia: inmerecida, injusta, pero amorosa y dialogante, tanto si colma de bendiciones a Job como si lo despoja de todo.

Gabriel Zaid, 1997

Los juegos de azar provocan emociones fuertes: esperanza, anhelo, ansiedad, ambición, entre otras. De acuerdo con Gabriel Zaid, en México la suerte — al ganar — es vista a menudo como una bendición, como una señal, y a veces incluso como un milagro. Leemos en ella un mensaje de Dios, del infinito o de la eternidad de habernos favorecido con su gracia. (Sin embargo, el autor nos advierte que de esta manera afirmamos al mismo tiempo el dominio de la gracia sobre el mérito.) Tal vez es justo esa oportunidad de olvidarnos momentáneamente de nuestro deber de generar méritos propios y recibir dones sin habernos esforzado lo que hace que los juegos de azar han adquirido tanta popularidad en nuestro territorio.

En México, los juegos de azar se conocen desde tiempos prehispánicos. Tal vez el más destacado entre ellos es el *patolli*, un juego ritual de tablero que se jugaba con piedras de colores haciendo de fichas y dados en la forma de frijoles patol marcados con un punto blanco por una cara. El propósito era recorrer todas las fichas por las 52 casillas del tablero. En la actualidad, conocemos una gran variedad de juegos de azar tradicionales, como son la oca, la pirinola, serpientes y escaleras, el coyote, y la lotería, entre muchos más.

Originalmente de Italia, la lotería llegó a México desde España en el siglo XVIII. Además de la lotería oficial en la que se venden billetes con números y que opera de acuerdo con un sorteo, prosperó otro juego con el mismo nombre que se conocía como lotería de cartones o lotería tradicional. Para el siglo XIX, este juego ya

había adquirido gran aceptación, según se puede ver en los escritos del geógrafo y cronista Antonio García Cubas cuando describe las fiestas populares de San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan:

Para la lotería o rifa de cartones usábanse éstos divididos en diversos cuadros, que se distinguían por los diferentes naipes de la baraja, por diversas figuras o por números; (...) solo me detendré en dar a conocer la nomenclatura de que se valían los truhanes para anunciar los números o las figuras, que, según el caso, iban sucesivamente saliendo de sus manos. (...) En la lotería por figuras tampoco mencionaban los nombres de éstas, sino frases a ellas alusivas. Así por ejemplo, gritaban: “el que le cantó a San Pedro”, el gallo; “el abrigo de los pobres”, el Sol; la “perdición de los hombres”, una dama.

Parece ser que en esa época el juego se jugaba con una tabla de papel, cartón u hojalata que contenía solamente las ilustraciones (en la actualidad, cada carta de la baraja se constituye del nombre del objeto plasmado, una ilustración, y — a veces — un verso escrito). Estas ilustraciones podían ser hechas con diferentes técnicas, como tinta, óleo, o acuarela. La lotería se decía en prosa, con una pequeña rima, copla o adivinanza al sacar cada carta de la baraja. Al convertirse en un juego popular, esta prosa se volvía a veces pícaro o incluso contestataria, lo que le agregaba sabor a la diversión. Un ejemplo contemporáneo de ello son los versos del músico poeta Zenén Zeferino Huervo, que forman parte de un libro sobre la lotería tradicional de sonos jarocho. La copla que acompaña la carta de “el presidente” reza así:

Señor presidente
ya no votaré
por un inhumano
corrupto y sin fe

El artista que hizo los grabados de la lotería de sonos jarocho es el mismo que firma para el libro que se reseña aquí, *Lotería Huasteca: Woodblock Prints*. Músico, artista y autor, Alec Dempster

se introdujo al mundo cultural de México a partir de la música tradicional, sobre todo la del sur de Veracruz. Hace diez años, el destino lo llevó a conocer la Huasteca, donde su primer interés fue familiarizarse con el son huasteco. Sin embargo, pronto incurrió en su diversidad cultural más allá de la música. Resultado es el libro *Lotería Huasteca*, que integra una serie de grabados ingeniosos sobre diversos temas, enmarcados en el entorno natural y cultural actual de la Huasteca, tanto de los pueblos indígenas como de los mestizos que la habitan. Algunos de estos temas se antojan generales y otros son más bien particulares de algún grupo o pueblo específico, pero siempre se reconocen como algo inconfundible y distintivo de esta región.

Antes de presentar y discutir el contenido del libro, es importante mencionar la calidad de sus grabados. El arte del grabado tuvo su auge a finales del siglo XIX y principios del siglo XX como ilustración predilecta de la literatura mexicana. Para hacer un grabado, el artista crea un sello en una madera suave, suela de zapato u otro material blando, usando gubias de distintas formas y grosores para tallar y escarbar las partes que no serán entintadas y, por ende, no aparecerán en la impresión final. Además de reconocerle al autor el hecho de mantener viva esta tradición artística, se aprecia que en *Lotería huasteca* los grabados son sumamente cuidados. Llenos de vida y de detalles distintivos, estos expresan la gran familiaridad del artista con el mundo cultural de la Huasteca. Es un deleite hojear el libro y observar estas pequeñas obras de arte:

El caimán (o lagarto, como frecuentemente es aludido) no sólo es un animal representativo de la Huasteca por tener a esta región como su hábitat natural. También tiene una relevante carga simbólica, la cual se articula en la música de huapango, como el son "El caimán". Para varios pueblos indígenas, el lagarto está asociado con el agua, los truenos y relámpagos. Los nahuas comentan que el caimán es uno de los hijos de Apanchaneh, la dueña del agua, y narran cómo, cuando el reptil quiere devorar al niño maíz, éste le corta la lengua y la usa para generar truenos y relámpagos. Los tepehuas narran un relato similar en torno a Homshuk, el



niño maíz que genera tormentas terriblemente fuertes con la lengua cortada del caimán. Para los teenek el caimán es un cuidador que se encuentra en un cruce de agua, cuya labor es impedir el paso. En consecuencia, y aunque con connotaciones culturales diferenciadas, muchos habitantes de la Huasteca reconocerán al caimán como un animal relevante en su mundo de vivencias.

La versatilidad del caimán como símbolo para los diversos grupos y pueblos que habitan en la Huasteca nos lleva a reflexionar sobre el carácter de esta región. Conocemos a la Huasteca como una región con abundantes recursos naturales y culturales. Los recursos naturales se pueden distinguir en sus paisajes exuberantes, que lucen en esta zona semi tropical a partir de fenómenos como cascadas, manantiales, sótanos y cuevas, y que constituyen un gran atractivo para el visitante. De igual forma, se expresan a través de su flora y fauna, cuya diversidad nos ha

legado gran cantidad de aves, reptiles, felinos y otras especies que son endémicas en esta región. La riqueza en recursos culturales se puede observar en las múltiples tradiciones y fiestas de su gente, que siempre se acompañan de danzas animadas, música alegre y un ambiente sin igual; también está presente en las actividades cotidianas, el trabajo en la milpa o las artesanías, y en la actividad febril de los mercados y tianguis locales, por mencionar algunos ejemplos.

Algunos autores dicen que, a pesar de la existencia de múltiples etnias en esta región, la cultura huasteca es una sola. Esta cultura única se podría encontrar en cada uno de los seis estados que conforman la Huasteca, y se articularía a través de la música del huapango, el platillo tradicional del zacahuil, la celebración de Xantolo —o Día de Muertos—, y otras expresiones que todos los grupos han abrazado, incluyendo a los mestizos que se han establecido en esta zona a partir de la Conquista. Otros autores son más cautelosos, y describen las diferencias que existen entre tales expresiones y sus significados diferenciados de acuerdo con el grupo, pueblo originario o el lugar donde se realizan. Incluso, señalan que tampoco los propios indígenas se reconocen como parte de un mismo pueblo originario. Así, por ejemplo, los nahuas se diferencian entre nahuas de Veracruz, nahuas de Hidalgo y nahuas de San Luis. Obviamente, tras siglos de convivencia, los pueblos indígenas han intercambiado ideas y prácticas, mientras que los mestizos —que eran una minoría en sus inicios— se adaptaron a la cultura local. Es con base en estas influencias mutuas y constantes que se ha forjado un complejo conjunto cultural, que brilla por su diversidad pero en el que también se puede reconocer siempre una propiedad única y muy característica: el “toque” huasteco.

Es esa propiedad distintiva la que se ha logrado captar en el libro *Lotería huasteca*. Los 54 grabados originales de esta obra son representaciones gráficas de una selección variada de temas considerados emblemáticos de la Huasteca, y que incluyen diferentes animales (7), platillos típicos (2), utensilios y herramientas (5), espacios y giros laborales (8), artesanías (10), religión (12) y

música (10). Conjuntamente, estas imágenes presentan una mirada creativa y elocuente de esta región, sin perder de vista la representatividad de cada elemento gráfico para un pueblo en particular o para la Huasteca en general. Como tal, el libro ofrece al lector una visión personal y particular de esta región, pero en la que podemos construir nuestra propia versión de lo que representa la Huasteca.

Los grabados van acompañados de breves textos, en los que se explica la relevancia cultural de cada uno de los elementos gráficos elegidos, es decir, de cada carta del juego. De esta forma, se denota el valor cultural de animales como la acamaya, el tecolote o el pájaro carpintero, y se presentan festividades tradicionales y rituales como parte de las costumbres locales. También se exponen los implementos más relevantes de la música regional, de las actividades en la milpa, o de las actividades artesanales. Escritas en un lenguaje ágil y ameno, estas explicaciones se fundamentan en una o más fuentes académicas bien seleccionadas para sustentar el trabajo y, de alguna forma, acreditar la selección del tema.

Los animales que están presentes en la *Lotería Huasteca* son la acamaya, el caimán, el cotorro, el gallo, el mapache, el querreque (pájaro carpintero) y el tecolote. La comida tradicional de la Huasteca se encuentra evidenciada con los bocoles (gorditas gruesas) y el famoso zacahuil o “niño envuelto”, un tamal grande preparado en horno de leña y que da de comer a unas doscientas personas. Como utensilios y herramientas se eligieron al chichapal (olla de barro), el chiquihuite (canasta), el guaje, el horno y el metate; estos van de la mano con los lugares y giros de trabajo, entre los cuales se hallan la casa, la caña, el caporal, la cocina, la milpa, la plaza, la siembra y el trapiche. La selección de estos implementos característicos y labores arraigadas, algunos incluso ancestrales, celebra el trabajo cotidiano de hombres y mujeres en el hogar, en el campo, el potrero o en el tianguis. Un lugar especial en este contexto reciben las actividades artesanales, que están representadas por el algodón, el amate, el bordado, la cuerá, los huaraches, el morral, el *petob*, el quechquemitl, el sombrero y el telar de cintura. En efecto, las piezas artesanales hechas de

materiales locales como son diversos tejidos, maderas, pieles, papel de amate y hasta llanta de vehículo (para fabricar huarachas) contribuyen a darle un sello particular a esta región.

A pesar de haber distinguido analíticamente entre elementos religiosos y de música para describir las cartas que forman el libro *Lotería huasteca*, en la realidad estas dos categorías son prácticamente inseparables. Las diversas manifestaciones religiosas comunales, como son las fiestas del Santo Patrón, el Carnaval o el Xantolo, siempre van acompañadas de expresiones musicales, sea de un trío huasteco, una banda de viento, o un tambor y flauta, que a veces tocan sus piezas de manera simultánea en el atrio o interior de la iglesia. Las danzas tradicionales no pueden separarse de la música que les acompaña y constituye. La vida religiosa y espiritual de los habitantes de la Huasteca luce a través de cartas-grabados como el árbol florido, la banda de viento, el carnaval, el cerro (lugar de ofrendas y eje del cosmos), el copalero, *el costumbre*, el cuartillo (que el médico tradicional usa en sesiones para adivinar la suerte de sus pacientes), la curandera, la ofrenda, la sirena, el topo (con el que se ofrece respeto a la tierra), y los voladores (una danza ceremonial en la que cuatro danzantes suben a un poste para luego soltarse — boca abajo — a “volar” sujetados de unas cuerdas, cayendo en espiral por trece vueltas alrededor del palo antes de pisar de nuevo la tierra). Sus complementos musicales están presentes en las ilustraciones de la danza, el huapango, la jarana huasteca, el *nukub* (mejor conocido como *teponaztle*), la quinta huapanguera, el rabel, el tambor, el tarango (o *kuatlapechtli*, la tarima de madera que sirve de podio para los músicos de huapango), el trovador y el violín.

Para nuestra suerte, *Lotería Huasteca* ofrece una mirada fascinante a la Huasteca multi étnica, dinámica y siempre exuberante. De esta forma, el libro enriquece amenamente tanto al juego de la lotería tradicional como a nuestra comprensión de la Huasteca.